

LA FUENTE QUE SIEMPRE ESTUVO AHÍ

Sobre lo antiguo y lo viejo.

A la fuente ya la llamaban "Vieja" hace cuatro siglos y medio, en 1559. Su verdadera antigüedad no la sabremos nunca; quizá, cuando se fundó Valverde de la Vera, ya estaba manando.

Las columnas de la plaza, con sus bolitas de piedra en el capitel (como las que tienen los muros de la iglesia), se levantaron cerca del año 1500, durante el reinado de los Reyes Católicos. La estructura del casco antiguo ya era entonces muy parecido al de ahora y los nombres de algunas calles eran los mismos; los valverdanos de aquel tiempo ya las nombraban como "de la Mimbre", "la Fuente", "la Cabezuela" o "los Altozanos". Y la picota. Y la fuente de cuatro caños de la vía que atravesaba el pueblo. Las torres viejas del castillo tienen más de 650 años. La iglesia, cinco siglos.





Si salimos del pueblo y nos fijamos en los huertos aledaños, podemos preguntarnos cuántos siglos tendrán también los olivos. Son monumentos naturales.



El interior de las viviendas del pueblo ha debido reformarse por el cambio de estilo de vida, pero aún queda en unas pocas el encintado de madera donde secaban las castañas y los pimientos, encima de la lumbrera de la segunda o tercera planta. Y las baldosas de barro. Ya no sirven para nada; han sobrevivido de milagro, normalmente en casas abandonadas.



Lo antiguo está muy presente en este lugar. Pero, desde otra perspectiva, podemos degradar el término "antiguo" y convertirlo en "viejo", para decir que algo ha perdido vigencia, que ya no sirve, que es un estorbo. Que lo que no es útil ni necesario debe abandonarse a su ruinoso suerte y sustituirse por lo actual. Ley de vida. ¿Para qué conservar algo que ya no sirve?

De niño en Pasarón de la Vera, un pueblo cercano, vivía en la casa de mis abuelos. Era una vivienda híbrida: conservaba el desván, el encintado y la lumbrera con su escaño en la tercera planta, pero no se utilizaban ya y hacíamos la vida en el cuarto de abajo, que tenía una chimenea y una cocina de butano. Yo no subía casi nunca.



Y ha sucedido que ahora busco con pasión aquellos últimos restos de la vivienda tradicional para fotografiarlos. Subo a la sierra en busca de los últimos cabreros para dejar un testimonio gráfico de aquello en lo que no me fijé de niño.



Regresemos a Valverde. Plazas del siglo XVI no quedan tantas en España; ni picotas renacentistas; ni torres de castillo convertidas en cabeceras de iglesias y campanarios; ni recorridos urbanísticos que conserven la misma estructura que en la época de Carlos V. Por piruetas de la Historia y del destino Valverde conserva todo eso.



Fijémonos en algunas de nuestras costumbres: en tiempos de internet y las redes sociales, no faltamos a la cita el día de San Blas para ver tirar los hilitos del santo por la ventana gótica de la iglesia; los hilitos o "cuerdas" que ya fabricaba la cofradía de los Mártires hace más de 250 años. Seguimos montando los arcos de romero y flores la mañana del Sábado Santo, tal como lo hacía la cofradía del Rosario al menos desde 1750. Las imágenes de los santos siguen procesionando por las calles igual que hace siete siglos, aunque bien es verdad que cada vez cuesta más encontrar los hombros jóvenes que los soporten; pero esa es otra historia. El empalao nos sigue sobrecogiendo cada Semana Santa al igual que lo haría...¡Quién sabe desde cuando!



¿Cómo estaría Valverde ahora en un lugar más culto y más rico? No es difícil imaginarlo: mucho más cuidado y frecuentado por autobuses de turistas con guías y folletos explicativos. Y alguna que otra tienda de recuerdos. Pero no estamos en un lugar así. ¿Qué debemos hacer?

Me resulta más fácil saber lo que no debo: no quiero, no soy quién para destruir o descuidar tantos siglos de historia, arte y cultura. No quiero escamotearles a los que vienen detrás de nosotros tal fuente de conocimientos y de disfrute.



Me atrevo a cuestionar la continuidad inapelable de las tradiciones. Nadie está obligado a hacer algo en lo que no cree. Como mucho, debe respetar las creencias y las querencias de los demás. A mí me gusta contemplarlas como un testimonio de lo que fue, de lo que creían mis antepasados, con perspectiva histórica. Sin paternalismo, no me creo superior o más listo. Soy diferente. Lo respeto. Me muestra de dónde vengo, me acerca al misterio de la existencia. Es tan fácil consolarse. También hay tradiciones que merecen olvidarse, pero ellas mismas se van disolviendo.

Salgo otra vez del pueblo. Observo las paredes de piedra que rodean los huertos. En muchas de ellas el tiempo ha pasado largamente sin que nada las cambie, cubiertas de musgo que, en la naturaleza, es el polvo de los años. O los retorcidos olivos que han permanecido vivos tantos siglos, testimonios del milagro de la vida. ¿Quién soy yo para destruirlos?



Cada uno debe formularse sus preguntas y encontrar sus respuestas sobre lo que merece conservarse y lo que no. Yo tengo las mías. Es obvio que no todos tienen la misma sensibilidad. Con motivo de la restauración del sepulcro de los condes de Nieva alguien dijo que no merecía la pena gastar dinero en unos muñecos. También se puede decir que Las Meninas es un simple trapo pintado. Hay muchas formas de ver las cosas.



Las autoridades en cambio tienen un deber y una responsabilidad: cumplir y hacer que se cumpla la ley no destruyendo el patrimonio urbanístico; no permitiendo que se construya donde no se debe o como no se debe; o procurando que se reparen los muros de piedra que sostienen la tierra de las gavias de los huertos; cuidar de que no se degrade el paisaje. Si ellas no lo hacen pierden la autoridad moral y no pueden exigir a los ciudadanos que sean respetuosos con el patrimonio.



En Valverde se da la paradoja de que el pasado es una garantía de futuro. En todo el país hay un clamor de la "España vaciada" que lucha por sobrevivir, por no ser abandonada, por recibir gente. No todos los pueblos tienen los recursos y los dones que la naturaleza, la historia y sus antepasados le han dejado a Valverde. Si los desaprovecha será juzgado por las generaciones futuras.

Soy optimista. La mayoría de la gente comparte estas razones. El hecho es que Valverde ha respetado su patrimonio, con algunas lamentables excepciones, y por eso lo conserva hoy día en su mayor parte. Es su mérito y su orgullo. La Asociación de los Pueblos más Bonitos de España le ha incluido en su lista; en Extremadura sólo cinco localidades están en ella.



La fuente.

Regresemos a la fuente Vieja. Estaba ahí posiblemente antes de que naciera Valverde y tal vez, ¿por qué no?, fue una de las razones de su nacimiento. Porque los pueblos se fundaban cerca de un río o de una fuente.



A los visitantes que no la conozcan puede pasarles desapercibida, porque en sucesivas obras ha quedado relegada en un nivel más bajo que el de la calle por la que se accede al casco histórico. Si son avisados, pueden observarla desde un pequeño mirador en altillo. Antiguamente no era así: su presencia destacaba a la entrada, o salida, del pueblo.

Los vecinos que vivían cerca acudirían a ella a llenar sus cántaros y los ganados pararían en su abrevadero. Las huertas cercanas se valdrían de ella para el riego.

Los viajeros pobres que pernoctaban en el hospital de transeúntes, que estaba al lado, también se surtirían de ella y quién sabe si el cuidador de dicho hospital, que vivía en él, no regaba su huerto con sus aguas.



Su aspecto y forma ha cambiado. A lo largo del tiempo ha sido remodelada. Lo más antiguo que queda de ella, que no sabemos si era su primera construcción, son el pilón y los tres pilares que sobresalen en su parte izquierda; los de los extremos se coronan con sendas pirámides y el central con una estructura que tiene tres partes: en la más baja hay tallada una cruz; en la central se ha borrado su posible inscripción y se

añadió la cifra de 1992, probable fecha de alguna remodelación; y la superior acaba en dos semiesferas de distinto tamaño.



Su longitud es de 3,50 m; su anchura 1,20 m; y la altura del poste central 2,50 m; la altura del pilón es de 35 cm.



Tras ella hay un pequeño depósito en forma de cisterna y una alberca, en un entorno muy deteriorado por el abandono.

Con el actual suministro municipal de aguas en los domicilios, la fuente ha perdido su trascendental importancia, pero aún acuden a ella numerosos vecinos que huyen del agua clorada y se la sigue utilizando para el riego.

Ha formado parte del paisaje y la vida cotidiana de generaciones. Los valverdanos tendrán imágenes, vivencias y recuerdos ligados a esta fuente. Alguien me cuenta cómo de niño llegaron a bañarse en ella.

La fuente Vieja constituye un valioso patrimonio histórico y cultural que hay que cuidar y proteger. Que siga permaneciendo a través de los siglos.

Valverde de la Vera, abril de 2021

Manuel V. Fernández Sánchez